Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

Nº 211
Año LXX
Enero-Junio 2002
Fundada en 1933
ISSN 0303-9986

REVISTA DE DERECHO

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION[MR]

Facultad de
Ciencias Jurídicas
y Sociales

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

LA PALABRA, LA ESCRITURA Y EL SILENCIO

RODRIGO FIGUEROA WEITZMAN
Profesor de Filosofía
Universidad Nacional Andrés Bello

Cuando el decano de la Facultad de Derecho, profesor Sergio Carrasco, y el director del Departamento de Historia y Filosofía del Derecho, profesor Jesús Escandón, me invitaron a participar en este coloquio de humanidades, estuve algunos días pensando sobre el tema a exponer ante ustedes. Y dado que el interés surgió a raíz de la tribuna que tengo hace algunos años en la página editorial del diario El Mercurio, me propuse entonces referirme a algo que desde hace bastante tiempo me inquieta profundamente: el trabajo con la palabra, lo que incluye su contraparte, el silencio, y también la consideración de la escritura como el puente que vincula el hablar con el callar.

Debo aclarar, en todo caso, que quizás hubiese sido más adecuado llamar a esta exposición "Aproximaciones a la palabra, la escritura y el silencio", dado que estas ideas a las que me referiré, alimentadas por la lectura de lo que otros han reflexionado y, además, por algunos de mis propios escritos en El Mercurio, necesitan seguirse pensando, no están cerradas de modo definitivo. Hablar de aproximaciones, en cambio, otorga al propio decir un carácter más tentativo y, por qué no reconocerlo, puede ser un modo más elegante de excusar las propias vacilaciones.

Para quienes escribimos regularmente, las palabras son una forma de estar en el mundo, de vincularnos con la realidad. Escribir es vivir en el lenguaje, pero además, la escritura representa un destino, un quehacer que involucra a todo el ser. "La escritura me salvó la vida", confiesa Særen Kierkegaard en uno de sus manuscritos, pues escribir le hizo tomar distancia de su propia angustia.

Cuando la escritura se convierte en un hábito, en una tarea permanente,

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

uno adquiere conciencia de que no es posible sustraerse a las exigencias del lenguaje ni a su poderosa intimidad. No sólo uno habla con el lenguaje, sino también el lenguaje nos habla a nosotros mismos, nos hace partícipes de su inagotable fecundidad. En consecuencia, las palabras representan un fuerte desafío: el reto de poder decir algo que no sea una pura trivialidad; la posibilidad de expresar distintas ideas que, al mismo tiempo, no deben ocupar inútilmente páginas y páginas, vacías de cualquier contenido significativo. Al hablar o escribir construimos un espacio que otros heredan y, creo no equivocarme al señalarlo, habitamos la totalidad, porque las palabras lo dominan todo, con lo cual penetramos en el enigma que configura el mundo. No es casualidad que el término griego logos signifique tanto "razón" como "palabra", o sea, hace del lenguaje un edificio semejante al de la inteligencia.

Estoy convencido de que el fundamento de toda escritura es que la vida exige una mirada desde la palabra y eso motiva la lectura cuidadosa de aquello que ha ocurrido. Por esa razón, no me parece errado pensar que un escritor, si bien no escribe todo lo que vive, posiblemente sí vive todo lo que escribe. La escritura ayuda a que lo importante no se desvanezca en la memoria ni se pierda en el tráfago de la rutina de todos los días.

Sin lugar a duda, la mayoría de nosotros trabaja cotidianamente con la palabra, sea enseñando, sea escribiendo, sea reflexionando, sea, incluso, en el ejercicio tan habitual del diálogo con los demás. Por lo mismo, estamos tan acostumbrados a la palabra, que no siempre percibimos la hondura casi infinita que ellas poseen. No obstante, y a pesar de ello, a veces tengo la impresión de que debido quizás a una falta de pudor, al apuro propio de los tiempos actuales y al excesivo protagonismo de la imagen, las palabras, incluso en ambientes muy próximos a nosotros, y con tristes consecuencias para la sociedad, han sido replegadas a un segundo plano, han perdido su importancia y su pureza, han caído en un cierto descrédito, en fin, se han deteriorado.

Y no creo exagerar. Un filósofo contemporáneo, Hans-Georg Gadamer, se formula una interesante pregunta que bien puede reafirmar lo anterior. Dice él: "¿En nuestra sociedad, dominada cada vez en mayor medida por mecanismos anónimos, en la que la palabra no crea ya comunicación inmediata, cabe preguntarse qué poder y qué posibilidades puede tener aún el arte de la palabra, la poesía?".

Cito esta interrogación de Gadamer, porque para quienes intentamos dedicarnos al trabajo intelectual, lo digo sin ninguna pretensión, la palabra es, en gran medida, nuestra primera herramienta y debiese, por tanto, ser el más común

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

de nuestros territorios. Después de Dios, y de la vida, la palabra es, acaso, el más sagrado de nuestros recintos. Y, necesario es afirmarlo, en la vida de hoy existen instancias que han desvirtuado el lenguaje hasta el extremo de privarlo de aquello que es su principal riqueza: la precisión. Despojadas de sus misterios y de su belleza, ya no sólo hay palabras que ofenden la sensibilidad, sino también existen directas agresiones contra el lenguaje. Baste percibir, por ejemplo, el descuidado y vulgar uso del idioma por parte de tantas personas y en tantos sitios, tema particularmente serio y evidente en Chile. El no respeto de la palabra, ¿no refleja, tal vez, un ataque, aunque sea involuntario, al ser del otro? ¿No deja de ser cierto que cuando el habla decae se daña también la relación con el interlocutor? Las relaciones del individuo con su propio lenguaje se han visto afectadas por esta carencia en el vocabulario, por esta inaudita pérdida de preocupación por el correcto uso de las palabras y por el destino de ellas, hecho que me sugiere una pregunta: ¿es verdadero lenguaje aquel que está desprovisto de la potencialidad y de la amplitud que le corresponde?

Las palabras no sólo otorgan el nombre a las cosas, sino que expresan también una idea. Cuando la palabra es incapaz de referirse con exactitud a lo que se quiere decir, ese decir no testimonia los honores debidos a la idea, al pensamiento. "Pensamiento y palabra son sinónimos", dirá André Breton. Los conceptos son el reposo de la inteligencia. Esta, cuando conceptualiza, puede luego descansar del trabajo que implica la obligación de tener que definir algo, de afirmar con rigor qué es eso que es. El pensamiento es el anfitrión que aloja a la palabra como a su huésped eterno.

Por tanto, cuando la palabra existe de mala forma, por ejemplo, a través de un hablar coprolálico, con un vocabulario mínimo, con un decir que es casi un desdecir, lo que está presente tras esa realidad es un problema de inadecuada configuración del pensamiento. Ese pensamiento que no se puede dar a conocer con claridad, que no se transmite como corresponde, es un pensamiento opaco y disminuido. "Quien piensa lo más hondo, ama lo más vivo", manifiesta Hölderlin en uno de sus versos. Cuánta verdad hay en esa hermosa expresión. El pensar, a diferencia de lo que algunos creen, no se opone a la vida, no se disocia de ésta, por consiguiente, la palabra es el punto de conexión entre el ser y su acontecer, a tal extremo que, sin la palabra, carecemos de lugar en el mundo. El existir humano no es tal si no posee un lenguaje que le acompañe, que sea su hogar. Es lo que sostiene Martin Heidegger cuando escribe que "la palabra es la morada del ser. En esa casa habita el hombre. Los pensadores y los poetas son los vigilantes de esta morada, cuyo vigilar es el consumar la manifestación del ser".

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

En esta misma sala, por ejemplo, hay un espacio vivificado por la presencia de cada uno de los aquí reunidos, por una presencia que se acrecienta con nuestro decir, con el acto mismo del habla y del escucha. No sin motivo, toda historia es una narración, todo acontecimiento es una instancia suprema del lenguaje, ya que éste convierte la acción en relato, el suceso en palabra. Fundamentalmente somos lo que somos en la medida en que verbalizamos la propia existencia. Las palabras transmiten el ser, pronuncian el ser y se pronuncian desde el ser, por eso es urgente hacer de ellas un cenáculo que esté tan protegido como el de la conciencia. Siento que una de las grandes tareas que debemos realizar en nuestra diaria labor de reflexión, de docencia y de escritura es la de convertirnos en restauradores de la palabra, en verdaderos artesanos del lenguaje, en pequeños orfebres que podamos devolver al idioma el brillo y la trascendencia que merece.

Pero en múltiples ocasiones las palabras se emiten con desorden y desidia. Solemos hablar excesivamente, olvidando que cada palabra dicha de más atenúa el impacto de la verdad. Lo contrario ocurre cuando la palabra aparece con oportunidad y minuciosidad, en ese caso, el lenguaje impide la desmemoria, no da pie al vacío, fortalece la propia trayectoria vital. Hannah Arendt señalaba que "la identidad surge de la conjunción de palabra y discurso". Ella afirma una certeza. Efectivamente, de ninguna manera puede haber una acción que esté privada de un discurso que la siga. Un acto mudo es un hecho sin resonancia. Y, la misma muerte, encarna no sólo el término de la vida, sino además es el cese de todo lenguaje.

Ahora bien, esta identidad humana convive, a su vez, sobre una línea fronteriza que posee dos grandes manifestaciones: el decir y el silencio. Uno y otro atraviesan todo el misterio de la comunicación del hombre. La palabra se difunde y explica, el silencio asiente. El hablar indica un camino, el callar lo atraviesa sin hacerse notar. Entre la palabra y el silencio existe un escenario común, el de la comprensión. Entender es descubrir una verdad, asimilarla en ese tránsito que parte en el ser y acaba también en el ser. "Desde que sé guardar silencio, todo se me acerca mucho más", escribe hermosamente en su Diario Florentino Rainer María Rilke. El poeta nacido en Praga no sólo escribe con belleza, sino también con razón. El silencio es el territorio de la visión más profunda, del asombro que se recoge en el ser y ante el mundo.

Pero podemos formularnos una pregunta: ¿Qué es el silencio? ¿Es acaso sólo un callar, o contiene algo más? El silencio, a mi juicio, es mucho más que un mero callar, no es una pura ausencia de palabras. El silencio del hombre, pero quizás sobre todo, el silencio del intelectual, del humanista, del escritor, es un

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

recorrido hacia la verdad, hacia esa verdad que se halla en la meditación, en la reflexión más íntima, y que crece cuando dejamos que la palabra diga lo que tiene que decir. En ocasiones, las palabras deben ausentarse de la oralidad para asentarse en la intimidad que guarece y encubre, que nos reserva de todo hablar inútil, de todo aquello que se despoja del sonido para transformarse en ruido. En ese acontecer que enmudece y asombra la palabra existe como contemplación.

Esta contemplación, hermana del silencio, nutre de profundidad toda realidad. Cualquiera sea el modo de estar en el mundo, este vivir se da experimentando la insuficiencia de las palabras para dar cuenta de las realidades más estremecedoras. Pero aún así, sabemos que no podemos prescindir del lenguaje, incluso en medio de su propia limitación. El silencio es un espacio no sólo carente de ruido, o de sonido, cuando ese ruido es armónico; más que nada el silencio es esencialmente un espacio de espera, es decir, un tiempo de pausa, de quietud y de atención. Si el silencio es un espacio de espera, podemos preguntarnos, ¿espera de qué?

Espera, principalmente, de otra palabra, de una nueva idea, de la realidad determinada y definida por la exactitud del lenguaje. Cuando se está en el silencio se aguarda el verbo que se avecina, adviene en el horizonte ya sea una nueva interrogación, o una respuesta, o la comunicación de algo perteneciente al interior del otro, o simplemente un mensaje corriente y sin relevancia. Sea aquello que sea lo que llega tras el momento de silencio, ese instante en que se permanece callado debe ser respetado. Y debe ser respetado sin excepciones. Claude Debussy, por ejemplo, alude a la importancia del silencio en la música. Para él, la música es no sólo la sucesión de notas de una composición, sino además el espacio de silencio entre una y otra.

Y no puede ser de otra manera. El silencio está unido principalmente a la creación, en cuanto se necesita de él para realizar una obra perdurable en el tiempo. Ante tanto ruido hay que callarse, callarse, callarse. Insistir en el silencio es recogerse en el epicentro del entendimiento, de la mirada dirigida a uno mismo, de la mejor apreciación de los acontecimientos. Las verdades no se gritan, se susurran; no se imponen, se sugieren; no se olvidan, se asimilan. El mundo oye distintas voces, pero sólo trascienden algunas, aquellas que en su decir supieron iluminar, orientar, reconocer, conmover, comprender y acoger.

Creo que la escritura es un puente que facilita el transcurrir de la palabra al silencio. Escribimos para que la amnesia no venza al recuerdo, para que lo sucedido en la propia existencia no se pierda definitivamente; para que lo contado en el papel permita revivir con frecuencia los hechos que merecen permanecer en el

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

tiempo. Escribimos para que nunca nos ocurra lo mismo que a Moisés, cuando grita desesperadamente, al final de una partitura de Arnold Schoenberg: "¡Oh, la Palabra, la Palabra, la Palabra de la que carezco!".

Quien escribe está hondamente comprometido con el texto que elabora. Esto se da porque la escritura, aunque sea de ficción, no permite extrapolaciones radicales. Nadie es capaz de no ser lo que es aun cuando lo desee. Tampoco es posible no manifestar algo de la propia identidad cuando se escribe. Cualquier escribir es, por sobre todo, un describirse, un exponerse, un mostrarse. El texto concluido es un espejo que revela una imagen más o menos certera de lo que somos. La escritura, por consiguiente, es una comunicación menos tímida (en cuanto puede ser más atrevida) y más sincera de la identidad que queremos proyectar a alguien en particular. Eso es notorio cuando escribimos una carta a un ser querido al que extrañamos porque se encuentra lejos. El papel sobre el que se escribe permite desnudar intimidades que suelen ocultarse cuando los ojos del otro nos observan y nos inhiben de una franqueza casi total.

Es muy sabido que todo texto lleva en sí la pretensión de inmortalidad. Dudo que exista un escritor que no acepte la verdad de este juicio. Se publica para ser leído, para que el libro escrito por la propia mano quede instalado en alguna biblioteca y que el azar tanto como el tiempo, ambos imprevisibles, conduzcan a alguien hacia él. Deseamos que el tiempo empuje una obra hacia el umbral de la trascendencia, librándola así de la posibilidad de su desaparición definitiva.

Entre el texto y su autor hay un nudo indisoluble que es causado por el ejercicio de la escritura. Escribir es engendrar una obra con un destino incierto. Esa incertidumbre, o sea, ignorar qué valor y qué repercusión puede tener el manuscrito elaborado, da pie a diversas sensaciones en relación con el propio trabajo creativo. Quien escribe, al hacerlo, en cierto modo intenta que la sombra de la indiferencia no aparezca como un juicio natural e irrebatible. Todo autor cree en las posibilidades de su libro y espera, por tanto, comentarios sobre su labor intelectual.

Y si bien no es fácil explicar el proceso de trabajo de un escritor, quiero decir algo en relación con mi propia experiencia de escritura en el "Día a Día" de El Mercurio. No es que me considere escritor, no creo serlo, por lo menos no todavía, pero sí cultivo la reflexión a través de una tribuna permanente que me obliga a un ejercicio habitual de escritura. Poseer una columna como la mencionada me exige una atención particular a lo que ocurre diariamente. Esté donde esté, y haga lo que haga, puedo confesar que intento no perder la conciencia de que

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

todo aquello que vivo o de lo que soy testigo en un momento determinado es factible de convertirse en una columna. No es que pretenda reducir los hechos de la vida a un escrito de una carilla, iluso y absurdo sería siquiera osarlo, pero sí, al escribir con la frecuencia que me impone ese espacio, es forzoso tener presente que, tanto lo más serio como lo más trivial y anecdótico, es objeto de ser pensado como un relato o como una instancia literaria o filosófica. También la imaginación me ayuda, al momento de escribir, a proyectar, con situaciones o diálogos ficticios, reflexiones muy personales.

La columna "Día a Día" de El Mercurio posee además una particularidad, quienes escribimos allí lo hacemos bajo un seudónimo que mantiene en reserva nuestra identidad. Esta especie de enmascaramiento otorgado por el seudónimo establece un carácter más lúdico al escrito, ya que genera en el lector la curiosidad de averiguar quién es el autor del texto. No es que al usar un seudónimo uno abandone su propio yo, pero de alguna manera éste queda en un discreto segundo plano.

Escribir en el "Día a Día" me ha generado grandes satisfacciones. En el fondo de mí existe el anhelo de poder conservar esta tribuna y esta vocación de escritura reflexiva durante el mayor tiempo posible, sean cuales sean los avatares de mi vida. A riesgo de parecer vanidoso, debo confesar también que he tenido experiencias inolvidables en relación con este oficio. Menciono la siguiente: a través de un amigo, me enteré un día de que en una tienda en el centro de Santiago el dueño de la misma tenía recortada mi columna "Despedirse de los íntimos", en la que tocaba el tema de lo significativo que resulta poder estar cerca de la persona que se está muriendo y despedirse de ella sin dejar nada pendiente, y cómo el dolor aumenta cuando no podemos decirle adiós a alguien a quien amamos. Cuento esta experiencia, nada más para señalar que cualquier hombre que escribe en forma habitual está expuesto a la posibilidad de conquistar ciertos reconocimientos.

Antes de terminar, quiero señalar una idea que incluso puede servir para el diálogo que espero venga a continuación. En una notable conferencia pronunciada en junio de 1992, en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, el ensayista y profesor francés George Steiner hace un análisis de las muertes de Sócrates y de Jesús, y expresa un comentario respecto a las últimas palabras tanto del filósofo como del Redentor. No me corresponde adentrarme en la exposición del pensador parisino, pero me sirvo de su idea para dar otros ejemplos de lo que algunos personajes históricos han dicho en el momento previo a su muerte. "Luz, más luz", se cuenta que exclamó Goethe al morir. "Dígales que mi vida fue maravillosa",

Artículo: La palabra, la escritura y el silencio
Revista: Nº211, año LXX (En-Jun, 2002)
Autor: Rodrigo Figueroa Weitzman

REVISTA DE DERECHO
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
ISSN 0303-9986 (versión impresa)
ISSN 0718-591X (versión en línea)

fue el comentario final del filósofo Ludwig Wittgenstein. "Déme mis gafas", pidió desde su cama en un hospital de Lisboa el poeta Fernando Pessoa.

He dado únicamente tres ejemplos. Pero hay múltiples palabras con las que es posible abandonar el escenario de la existencia. Y, nosotros, ¿hemos pensado siquiera una vez cuál sería la última palabra que nos gustaría pronunciar antes de morir? ¿Qué diremos cuando ya no nos quede tiempo para decir nada más? Esa incertidumbre no deja de golpearnos y de desafiarnos, sabiendo que, tal como afirmaba Steiner en esa misma conferencia pronunciada hace 11 años, "en el momento de la muerte, la gramática y la anarquía del silencio se enfrentan cara a cara, cerrando el círculo del significado humano".

Las relaciones entre palabra, escritura y silencio dan pie para innumerables reflexiones. El tema no está agotado. Por mi parte, me encanta la idea de poder ahora escucharlos a ustedes, a quienes les agradezco tanto por su presencia como por haberme oído con tanta paciencia. Por último, quiero señalarles que estoy muy contento por estar en este lugar y participar en este coloquio, y agradezco muy cordialmente, en particular a Sergio Carrasco y a Jesús Escandón, la generosa invitación que me han hecho. También expreso mi gratitud a la Universidad de Concepción y a su Facultad de Derecho.

Muchas gracias.